

Pensar la Democracia desde una Perspectiva Hegemónica¹.

Cátedra de Chantal Mouffe.

Presentación y preguntas a cargo de Dante Contreras y Mauro Basaure.

Cómo citar este artículo

Mouffe, C. (2016). Pensar la democracia desde una perspectiva hegemónica. En evento: "Chantal Mouffe dictará cátedra abierta en Chile". Organizado por el Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES), el Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual de la Universidad Andrés Bello (TECSA), Fundación Chile 21, Fundación Frierich Ebert. Santiago, Chile. Revista *Némesis*, 14, 197-221.

Agradecimientos

Agradecemos, en primer lugar, al Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES) por permitirnos transcribir y publicar en el presente número la Cátedra "Pensar la Democracia desde una Perspectiva Hegemónica" dada por Chantal Mouffe el día martes 17 de abril de 2018.

Agradecemos, en segundo lugar, a los miembros del equipo editorial por transcribir y editar el documento que se presenta a continuación.

TRISTÁN GRAMSCH

Licenciado en Sociología, Universidad de Chile
tristangramsch@gmail.com

CAMILA LIZAMA

Egresada de Sociología, Universidad de Chile
Camila.lizama@ug.uchile.cl

MARTÍN PÉREZ

Licenciado en Sociología, Universidad de Chile
Martin.perez.s@ug.uchile.cl

VALENTINA PIZARRO

Egresada de Sociología, Universidad de Chile
Vale.nevalia@gmail.com

ANTONIA ROBERTS

Estudiante de Sociología, Universidad de Chile

¹ Cátedra de la politóloga belga Chantal Mouffe, titulada "Pensar la Democracia desde una Perspectiva Hegemónica", realizada el 17 de abril de 2018 en el auditorio de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile. Fue organizada por el Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES), el Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual de la Universidad Andrés Bello (TECSA), Fundación Chile 21, Fundación Frierich Ebert. Agradecemos al COES por permitirnos su transcripción y publicación en este número.

Vale.nevalia@gmail.com

NUVIA ROSAS

Egresada de Sociología, Universidad de Chile
nuvia.rosas@ug.uchile.cl

MATÍAS SEMBLER

Licenciado en Sociología, Universidad de Chile
msembler@gmail.com

OSVALDO VALLEJOS

Estudiante de Sociología, Universidad de Chile
osvaldo.vallejos@ug.uchile.cl

Acerca de Chantal Mouffe

Chantal Mouffe es una filósofa y politóloga belga posmarxista, reconocida por escribir junto a Ernesto Laclau “Hegemonía y Estrategia Socialista”. En este trabajo desarrollaron un pensamiento posmarxista, basado en una interpretación de Gramsci, el postestructuralismo, las teorías de la identidad y la redefinición de la política de izquierda en términos de democracia radical². La propuesta política de ambos autores ha sido el principal asidero teórico del núcleo fundador del partido político español “Podemos”: Íñigo Errejón, Juan Carlos Monedero, Carolina Bescansa y Pablo Iglesias³.

Mouffe ha sido profesora en numerosas universidades en Europa, Estados Unidos, Canadá y América Latina. Actualmente es profesora del departamento de ciencias políticas y relaciones internacionales de la Universidad de Wetminster en Londres, institución en la que dirige el Centro para el Estudio de la Democracia. También ha sido profesora visitante en Harvard, Cornell, Princeton y el CNRS (París). Durante 1989-1995 fue directora del Collège International de Philosophie en París⁴.

Entre sus principales trabajos destacan: Hegemonía y estrategia socialista, con Ernesto Laclau (1985), El retorno de lo político (1999), La paradoja democrática (2003), En torno a lo político (2007) y Construir pueblo, con Íñigo Errejón (2015).

Presentación inicial

Presentadora: Desde el COES y el Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual de la Universidad Andrés Bello damos la bienvenida a quienes nos acompañan en el aula magna de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile. También agradecemos a quienes nos siguen vía streaming y a quienes se encuentran reunidos en su sede para seguir la conferencia de la destacada politóloga Chantal Mouffe, titulada “Pensar la Democracia desde una Perspectiva Hegemónica”. Les recordamos que pueden realizar sus comentarios en redes sociales con el #ChantalMouffeCOES. Para dar inicio a esta actividad, dejo con ustedes al señor Dante Contreras, director del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES) y profesor titular de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile, quien dará las palabras de bienvenida.

D. Contreras: Muy buenos días. En nombre del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, quiero darles la bienvenida a todos quienes nos acompañan hoy día. En primer lugar, quiero saludar y agradecer a nuestra invitada, Chantal Mouffe, por

²Universidad de Chile (11/08/2018). Chantal Mouffe dictará cátedra abierta en Universidad Chile. Recuperado de: <http://www.uchile.cl/noticias/141689/chantal-mouffe-dictara-catedra-abierta-en-universidad-chile>

³La Hiedra (11/08/2018). La influencia de Laclau y Mouffe en Podemos. Recuperado de: <http://lahiedra.info/la-influencia-de-laclau/>

⁴ Museo de la Memoria (11/08/2018). Populismos en conflicto. Recuperado de: <https://ww3.museodelamemoria.cl/Informate/populismos-en-conflicto-la-charla-magistral-de-chantal-mouffe-en-el-museo/>

la disposición e interés en venir desde Inglaterra para dictar esta cátedra. Esta presentación se titula “Pensar la Democracia desde una Perspectiva Hegemónica”. Esta actividad ha sido posible gracias al trabajo de colaboración entre el Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, y diversas instituciones a las que agradezco su presencia: el programa de Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual de la Universidad Andrés Bello, representado por su Director Mauro Basaure; la Fundación alemana Friedrich-Ebert y Revista Trama, representada por Arlette Gay y la Fundación Chile 21, representada por su presidente honorario Carlos Ominami.

Cuando hicimos el anuncio de que Chantal Mouffe dictaría una cátedra en nuestro país, el evento despertó un interés extraordinario. En efecto, en pocos días teníamos cerca de mil personas interesadas en asistir a esta actividad. La alta respuesta, para mí, no es otra cosa que el atractivo que despierta la obra y la persona de quien es nuestra invitada. Chantal Mouffe es filósofa y politóloga de origen belga asentada en Londres, donde es profesora del Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad de Westminster. Es creadora del pensamiento político postmarxista que desarrolló desde los años setenta junto al filósofo Ernesto Laclau.

En nombre de COES y de todas las instituciones organizadoras, le doy la más cordial bienvenida al público presente hoy, así como también a quienes nos acompañan vía streaming a través de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile y a quienes siguen esta transmisión desde otros lugares. Muchas gracias.

Presentadora: Agradecemos las palabras de nuestro Director. A continuación, dejamos con ustedes al investigador Mauro Basaure. Director del Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual de la Universidad Andrés Bello e Investigador del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social.

Mauro Basaure: Muy buenos días. Me sumo sin duda a las palabras de agradecimiento de Dante. Les doy la bienvenida también en mi rol de director del Doctorado, una de las organizaciones que es partícipe de esta actividad. Yo difícilmente puedo recordar otra instancia, como decía Dante, en que la cooperación interinstitucional haya sido tan cooperativa. Me refiero a Friedrich Ebert y a Chile 21, y a lo que hemos vividos en estos días, que han sido muy ricos también en la parte organizativa.

Esta actividad tiene sin duda una historia reciente. Chantal estuvo con nosotros en noviembre del 2014. Realizó una conferencia y nos otorgó una entrevista muy aclaradora sobre su trabajo. Ustedes la pueden revisar en YouTube y va a salir prontamente publicada en un libro de “Anthropos” de Siglo XXI (eso no te lo había comentado, Chantal) y ahí van a poder revisar los que no lo hayan hecho. En esa entrevista ella hace una distinción que me parece muy importante para entender su obra: es una distinción entre la democracia radical, por un lado, y por otro, la idea de una democracia agonista, que ella misma explica en esta entrevista y que tiende a ser confundida en su conceptualización. Dicho esto, muy rápidamente, la primera de estas ideas, la de “democracia radical”, tiende a referir a Chantal Mouffe en tanto activista intelectual. Ese es un concepto que a ella le gusta usar para definirse a sí misma, como una activista intelectual –más que profesora universitaria o intelectual

de izquierda, u otro apelativo– comprometida con un proyecto político de una socialdemocracia radical o de reformismo radical.

El segundo concepto, el de “democracia agonista” por su parte, tiende a referir más directamente a una Chantal Mouffe en tanto pensadora de la democracia, dentro un marco en que diferentes puntos de vista y proyectos políticos alternativos, incluyendo el propio de una democracia radical, puedan tener lugar y luchar por el devenir hegemónico en un marco no violento. Esos dos conceptos, democracia y radical y democracia agonista, de alguna manera me permiten a mi articular o darle un marco a la actividad de hoy.

Partamos por el primero. En tanto activista intelectual de un proyecto socialdemocrático o de reformismo radical, ese concepto nos retrotrae sin duda al 2014, a la actividad que tuvo acá en la conferencia que se tituló “El desafío de los recientes movimientos de protesta a la democracia representativa”. A diferencia de hoy, el 2014, en esa época aún se vivía en Chile la efervescencia de los movimientos sociales del 2011. El segundo gobierno de Bachelet todavía no terminaba su primer año. Y de todo eso Chantal sin duda estaba muy enterada, pues una cosa que la caracteriza –según quienes la conocen– es que está muy atenta al estado del arte de la política en los diferentes países. Y quiso realizar sin duda en esa oportunidad un aporte a la bullente reflexión política que Chile estaba viviendo. Ello con una charla sobre el vínculo entre los movimientos sociales y los partidos políticos, un vínculo que, hasta el día de hoy, ella considera necesario o importante si se quiere realmente forjar un poder contra-hegemónico. Hoy las cosas sin duda son distintas, a pocos años, y eso no solamente a nivel nacional sino también a nivel internacional. Michael Sandel denunciaba hace unos días en Berlín que, pese a la miserable valoración positiva que recibe Trump en las encuestas, los demócratas están lejos aún de siquiera empezar a balbucear un programa alternativo, un contra-programa. Más bien parecen estar esperando que Trump caiga por su propio peso para retomar en algún momento el gobierno.

Chantal Mouffe viene de referirse (hace un par de semanas nos mandó una de sus presentaciones en un medio que se llama “Mémoire des luttes”⁵, “Memoria de las luchas”) a como ella ve que se confirma cada vez más la cristalización de la socialdemocracia europea en los magros resultados en las elecciones de los últimos años de sus partidos más emblemáticos: el Movimiento Socialista Panhelénico en Grecia, el Partido del Trabajo en los Países Bajos, el PSOE en España, los partidos socialdemócratas en Alemania y Austria, el PS (Partido Socialista) en Francia, el Partido Democrático en Italia. Y a esto se suma sin duda lo ocurrido en América Latina con los gobiernos de izquierda, la situación del Podemos en España, etc. No es un misterio para nadie que hoy en Chile, a diferencia del 2011, también se respira más bien un aire de desencuentro y una cierta desorientación en el mundo de la centro-izquierda y la izquierda.

Con Carlos Ominami (debo decirlo acá y reconocerlo como el gran artífice de la venida de Chantal Mouffe a Chile), nos preguntábamos no hace mucho en un café si no era este escenario de desconcierto uno de los factores que influía en la

⁵ Página web de Mémoire des luttes: <http://www.medelu.org/>

extremadamente masiva respuesta que tuvimos apenas anunciamos esta actividad, como lo acaba de recordar Dante. Claramente más masiva que la del 2014, hay que decirlo. Nos preguntábamos si acaso esta conferencia no era solamente una más entre muchas otras, si no que era una que estaba marcada por la urgencia de una reflexión profunda sobre la teoría y la práctica de la crítica y el pensamiento progresista democrático, en un contexto donde la euforia política colectiva del post-movimiento 2011 ha sido reemplazada, yo diría, no solo por la reafirmación del statu quo, sino también por cierto desarme de la crítica: una cierta conciencia de que la crisis actual no es solo una crisis de la política en tanto sistema político, sino, peor aún, de la creencia en lo colectivo –en lo público– y de la confianza en quienes quieren representar eso que es público y colectivo.

Lejos sin embargo de una mirada catastrofista –y esto es también es una característica de nuestra invitada– Mouffe no cesa de hacerse preguntas y propuestas, las que se anclan sin duda a procesos y contextos concretos. Como a ella le gusta decir, hay que pensar no sobre el contexto sino en el contexto. En este espíritu, hoy por ejemplo sigue muy de cerca lo que ocurre en Gran Bretaña con los Laboristas, bajo la dirección de Jeremy Corbyn⁶, y el Movimiento Momentum⁷, fundado hace poco en el 2015, que al revés de lo que ocurre en el resto de Europa hoy se encuentra en directa progresión. Más aún, ella está a punto de sacar un libro de intervención política en el que, dado un momento histórico que ella define como “populista”, identifica lo que define como un populismo de izquierda en tanto una especie de antídoto a los populismos de derecha que hoy amenazan las democracias en muchas partes del globo. Ese libro lo estamos esperando y es de pronta publicación en varios idiomas, incluyendo el castellano.

Es difícil pensar en otra intelectual que reúna en sí tanto conocimiento de contexto de los diferentes países sobre procesos políticos y, al mismo tiempo, una propuesta conceptual debatida en los círculos intelectuales más exigentes de la actualidad. Es esa mezcla entre teoría y praxis, si ustedes quieren, la que hace de Chantal Mouffe una invitada especial y, a esta conferencia, una instancia privilegiada para quienes buscan claves interpretativas para comprender las alternativas que tiene la teoría y la praxis política del progresismo hoy en nuestro contexto.

Pero también hay una Chantal Mouffe –según la distinción que hice al principio– que es una activista intelectual que provee de un concepto de democracia que ustedes conocen como “democracia agonista”, una idea agonista de democracia. Donde proyectos como el mismo reformismo radical de Mouffe así como otros encuentran cabida en el marco de una lucha por la hegemonía. Esa Chantal Mouffe ha realizado una propuesta conceptual en la que varios de nosotros en el COES y en nuestro Programa de Doctorado tenemos un tremendo interés.

Desde su primera visita en 2014, nos persigue la idea de que su trabajo conceptual es un buen candidato para pensar e investigar la relación entre cohesión y conflicto –que son los dos conceptos claves de nuestro centro–, que es una tarea que debemos realizar aún dentro del marco de nuestra agenda teórica para el COES. Nos

⁶ Jeremy Corbyn es un parlamentario británico y líder del Partido Laborista desde el 2015

⁷ Momentum es un movimiento político de izquierda localizado en Gran Bretaña y que apoya al Partido Laborista. Página web: <https://peoplesmomentum.com/>

preguntábamos si una democracia pensada en perspectiva hegemónica es una formulación que coincide con un concepto de cohesión que suponga el conflicto necesariamente, y no como algo distinto a la cohesión. Nosotros ya, en las múltiples conversaciones con Chantal, hemos empezado esta discusión. El concepto de cohesión sin duda es un concepto externo a la tradición a la que pertenece Chantal, pero una de sus características sin duda es la apertura a otras tradiciones o discusiones, de manera que no me cabe duda que posiblemente tengamos allí un encuentro conceptual y de trabajo a futuro con ella, y que parte hoy día sin duda con esta gran conferencia.

Chantal, muchas gracias por estar acá. A ustedes muchas gracias por participar de este espacio colectivo de reflexión. Gracias.

Exposición Chantal Mouffe

Chantal Mouffe: Buenos días a todos. Muchas gracias por la invitación y por la presentación, es un placer estar de nuevo acá en Chile y en Santiago.

Bueno, voy a hacer algunas reflexiones sobre la política hegemónica, la situación actual, y terminaré haciendo alguna referencia al argumento que estoy desarrollando en el libro al cual hizo referencia Mauro, que se llama “Populismo de Izquierda”. Es decir, simplemente voy a tratar de darles ganas de saber más, porque evidentemente no se trata de hacer una presentación sobre eso. Voy a hacer una cosa más general, pero de alguna manera quería también hablar de las cosas que estoy trabajando actualmente.

Yo creo que la idea de populismo de izquierda, aunque la tengo desarrollada a partir de la situación de la coyuntura europea, también puede dar algunas ideas y proyectos para la situación latinoamericana y, especialmente, acá en Chile. Cuando concebimos el estado actual de la democracia, una de las afirmaciones con las que a menudo nos encontramos es la de que estamos en una condición “post-democrática”. El significado expresado por una noción de post-democracia... bueno, acá tengo que decir que no soy yo quien desarrolló ese concepto primero. Este ha sido desarrollado por un politólogo inglés, Colin Crouch, en un libro que se llama justamente “Posdemocracia”⁸. También se puede encontrar este término, aunque sea de manera un poco distinta, en el libro de Jacques Rancière, “Sobre el disenso”⁹.

Pero bueno, la post-democracia me parece que ha sido abordada a partir de varias perspectivas. Mi perspectiva sobre la post-democracia es un poco distinta de la de Crouch o la de Rancière, pero todos vamos aceptando algo que es característico de la situación actual. En realidad, el significado expresado por la idea de post-democracia es que las democracias modernas, manteniendo la fachada de los principios democráticos formales, se encuentran en realidad controladas por élites privilegiadas. De alguna manera, ese es un argumento que estoy desarrollando en mi libro... bueno, esto evidentemente es algo muy particular para la situación europea; estoy afirmando que los países europeos se están “oligarquizando”.

⁸ Colin Crouch (2004), Posdemocracia. Editorial Taurus.

⁹ Jacques Rancière (2010), Dissensus: On Politics and Aesthetics. A&C Black.

Evidentemente, la oligarquía en América Latina ha sido un problema desde hace más tiempo, pero en Europa no era así. Estamos realmente en un proceso que algunas personas dicen, es de “latinoamericanización”, en el sentido que estamos oligarquizando nuestras sociedades. A eso justamente se refiere, de alguna manera, el concepto de post-democracia: que a pesar de que se habla todavía de y se mantienen las apariencias de la democracia, no estamos realmente en sociedades que uno puede llamar democráticas. Voy a desarrollar eso en algún momento.

La aplicación de las políticas neoliberales –evidentemente es el neoliberalismo el que está al origen de esa situación post-democrática– ha llevado a la colonización del Estado por parte de intereses corporativos, tomándose ahora las decisiones políticas cruciales fuera de los canales democráticos tradicionales. Este hecho se sitúa en el origen de la pérdida de legitimidad de las instituciones democráticas. Eso evidentemente se manifiesta en un creciente fenómeno de despolitización, pero también en la forma de una abstención –este es un problema en Europa, que ha estado creciendo la abstención mucho en los últimos años–.

Ese particularmente es el análisis que presenta Colin Crouch, y coincido en muchos aspectos, pero yo considero que cuando examinamos las razones de ese fenómeno de post-democracia –y, sobre todo, por cómo vamos a plantearnos revertir esa tendencia– es importante destacar el papel que los partidos de izquierda han desempeñado en el proceso de desafección con la política democrática. Eso me parece que es un aspecto que Colin Crouch no toca realmente.

Si uno habla a partir de la izquierda –y es el caso para mí– yo también examinaba: “bueno, ¿en qué manera todos somos en parte responsables?”. Uno no puede decir simplemente: “oh, es el neoliberalismo”. Claro que es el neoliberalismo, pero también, de alguna manera, la izquierda tiene cierta responsabilidad en el hecho que ese neoliberalismo se haya establecido de manera tan hegemónica. En un libro que ha sido publicado hace ya varios años que se llama “En Torno a lo Político”¹⁰ he examinado las razones de lo que yo llamo la perspectiva “post-política”, la cual se ha vuelto dominante en las sociedades democráticas liberales.

De nuevo, insisto, mi reflexión básicamente es a partir de la situación europea, pero yo creo que eso también tiene cierta resonancia en América Latina. Y en “En Torno a lo Político”, he argumentado que esa “post-política” está vinculada, con el giro al centro realizado por los partidos socialdemócratas en Europa, en las últimas décadas. Una estrategia que bajo el tema de la “Tercera Vía” fue elaborado inicialmente, en Gran Bretaña, por Anthony Giddens, en el seno del nuevo laborismo británico –y evidentemente esto fue puesto en práctica por Tony Blair–.

Creo que allá es realmente donde aparece el principio del hecho de que la socialdemocracia abandonara lo que tendría que haber sido su objetivo. Hoy en día, por ejemplo, uno dice “esos partidos llamados socialdemócratas, en realidad ya no tienen nada de socialdemócratas, son social liberales”. Esto es evidentemente [respecto a] lo que pasó en Francia en el Partido Socialista con Françoise Hollande.

¹⁰ Chantal Mouffe (2007), En Torno a lo Político. Fondo de Cultura Económica.

Eso me parece que es importante: reconocer que empezó en Gran Bretaña, pero después en todos los países europeos la socialdemocracia se convirtió al neoliberalismo.

Según este enfoque –porque eso fue teorizado por Anthony Giddens, también en Alemania en cierta manera por Ulrich Beck–, las sociedades democráticas occidentales –ellos dicen– han entrado en una segunda etapa de la modernidad. Una modernidad que llaman “reflexiva” donde el modelo adversarial de la política... porque ellos reconocen que ese modelo existió y fue importante en cierto momento, pero era lo que ellos llamaban la “modernización simple”, antes de que ocurriera la revolución tecnológica. Hoy día la situación es diferente y estaríamos en una segunda modernidad. Entonces, el argumento es “el modelo adversarial funcionaba en la primera modernidad, pero hoy día se ha vuelto obsoleto”.

Giddens afirma, por ejemplo –y tiene un libro sobre eso que se llama “Más allá de la izquierda y la derecha”¹¹– que hay que examinar un nuevo tipo de política que llama “de centro radical”, una política que trascienda la anticuada división entre derecha e izquierda. Como les decía, ese punto de vista fue adoptado posteriormente por otros partidos socialistas o socialdemócratas, que comenzaron todos a presentarse como de “centro-izquierda”. Es muy interesante ver cómo ya no se afirmaban como de izquierda, sino que de centro-izquierda. Bajo la pretensión de modernizar el proyecto socialdemócrata para adaptarlo al mundo globalizado, los partidos de centro-izquierda en realidad, simplemente, capitularon frente al neoliberalismo. Convencidos de que no había alternativa a la actual forma globalizada del capitalismo financiero, aceptaron el marco establecido por la hegemonía neoliberal.

Eso me parece, realmente, que es lo que está al centro de esa conversión: recuérdense que Margaret Thatcher decía “there is no alternative” (TINA), por eso es que se le llamaba TINA. [Lo anterior] finalmente fue aceptado y, por eso, uno encuentra todavía muchos partidos socialdemócratas que dicen “no hay alternativa al modelo neoliberal. Lo único que podemos hacer cuando lleguemos al poder es tratar de humanizarlo un poco, un poco más de redistribución. Pero realmente, pensar que pueda haber una alternativa a esa forma de hegemonía... eso es lo que realmente hay que poner en cuestión”. Hoy día, por ejemplo, uno encuentra todavía ese tipo de reflexión en Francia con el gobierno de Macron. Es todavía una cosa muy central en la –si uno puede llamar todavía– “izquierda”, que en este caso abandona cualquier intento de desafiar las relaciones de poder existentes.

La propuesta entonces es, como decía, “humanizar”, hacer por ejemplo... hace varios años había escrito un artículo que se llamaba “Tony Blair, thatcherismo con una fase humana” porque eso es lo que pasó en gran Bretaña y, en ese sentido, indicaba una cierta tendencia. Por eso es que a mí me parece tan interesante ver lo que pasa hoy con Jeremy Corbyn: porque, de alguna manera, si lograra Jeremy Corbyn poner en práctica su programa, eso representaría para Gran Bretaña un corte tan radical como el que representó la venida al poder de Margaret Thatcher y la instalación de una hegemonía neoliberal, un corte en una dirección completamente opuesta.

¹¹ Anthony Giddens (2011), Más Allá de la Izquierda y la Derecha. Ediciones Cátedra.

Creo que hoy estamos en un momento en el cual hay posibilidad de romper con esa hegemonía neoliberal, y hay que entender exactamente cómo se estableció, cómo se fue sedimentando esa hegemonía neoliberal, para poder justamente ver cómo uno puede romper con ella. Entonces, esa idea, de que realmente no hay alternativa a la globalización neoliberal, es la razón por la cual no se pueden finalmente distinguir, de manera significativa, las políticas de centro-derecha y de centro-izquierda. Eso es lo que llamo la “post-política”: que no hay realmente ninguna posibilidad para los ciudadanos de votar para una alternativa.

Mi opinión es que ese consenso en el centro tiene consecuencias muy negativas para la política democrática. El hecho de que nos presenten –ese era un tema central de Giddens– que “no hay más alternativa” no es visto como una cosa negativa, sino que está visto como un progreso para la democracia porque ya no hay antagonismo. Decían: “la democracia se ha vuelto más madura”; Tony Blair decía: “ahora somos todos de clase media, podemos entendernos”. Realmente me parece que, contrariamente a lo que dicen, eso no es un progreso para la democracia.

Quiero recordarles que “En torno a lo político” fue publicado originalmente en Inglaterra, en el 2005, y en ese momento todavía no había tantos partidos populistas de derecha en Europa. Estaba el Partido de la Libertad en Rusia, estaba el Partido del Frente Nacional en Francia, pero con el padre, Jean-Marie Le Pen. Mi argumento en ese momento era, contrariamente a lo que se anuncia: eso no es bueno para la democracia, eso de que no haya alternativa, porque va a crear el terreno para el desarrollo de los movimientos populistas de derecha. Yo creo que en ese sentido tenía razón, porque uno ahora, 20 años después, ve que sí, es exactamente lo que ha pasado. Ahora hay partidos populistas de derecha en todos los países europeos prácticamente. Me parece que hay que ver lo negativo que tiene para la democracia esa idea de que no hay alternativa a través de los partidos democráticos.

Yo considero que, en el debate sobre la post-democracia, el papel desempeñado por esa situación que yo llamo “post-política” no se considera en toda su dimensión. Por supuesto, es necesario comprender las transformaciones del sistema capitalista que han proporcionado las condiciones económicas para el éxito de la globalización neoliberal. Pero este hecho no explica sistemáticamente –de manera, digamos, automática– las razones de la desaparición de un rico debate democrático en torno a las diferentes formas en las cuales se pueden organizar las relaciones sociales y las instituciones políticas.

Es decir, pasa –eso evidentemente es una tesis que venimos defendiendo desde “Hegemonía y Estrategia Socialista”¹²– que lo económico no traduce necesariamente al nivel político, que hay una especificidad de lo político para articular ciertas demandas en una dirección o en la otra. Entonces el hecho de que hubo, a nivel económico, un desarrollo de la globalización neoliberal, no justifica automáticamente que haya desaparecido el debate. Hubiera podido, al contrario, crear un debate mucho más fuerte de resistencia, pero eso no fue lo que pasó y allá es donde, me parece, hay que reconocer la importancia que ha jugado el abandono

¹² Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987), *Hegemonía y Estrategia Socialista*. Siglo XXI Editores.

por la izquierda de una visión alternativa, ese es el punto sobre el cual quiero enfatizar.

Y por eso es que yo creo que hay que reconocer la responsabilidad de los partidos de izquierda en el desarrollo que está al origen del éxito de los partidos populistas de derecha, porque han abandonado, en muchos países europeos, a la clase obrera y a las clases populares, y han tenido una manía con la defensa de las clases medias. En el caso de Francia, por ejemplo, está absolutamente claro que el éxito de Marine Le Pen¹³ viene, en gran parte, por el hecho de que las zonas que han sido más afectadas por la globalización neoliberal son las zonas donde su partido se ha desarrollado más. Pero eso es porque los partidos socialistas las han abandonado.

Uno tiene que entender lo que pasa allá: en la medida en la cual estos partidos consideran que no hay alternativa a esa globalización, entonces ¿qué discurso pueden tener respecto de los grupos sociales que son los perdedores de esa globalización neoliberal? Evidentemente no tienen discurso. Y por eso es que preferían mirar a otro lado; no tienen nada que decir a esos sectores, no se les puede poner una alternativa. Esto creó el terreno para que, justamente, partidos populistas de derecha puedan dirigirse y articular en una manera xenófoba, nacionalista y restringida esas demandas. Ese es un argumento muy importante en el libro que acabo de terminar sobre el populismo de izquierda y la necesidad de ofrecer una alternativa a esa tendencia, digamos, de abandonar las clases obreras al populismo.

Hay un libro –no sé si se ha traducido al castellano– que me parece extremadamente interesante para mostrar esto. Es un libro de un sociólogo francés que se llama Didier Eribon: “Retour à Reims”¹⁴, “Regreso a Reims”, donde él muestra precisamente cómo –no quiero entrar demasiado en detalle sobre eso, no hay tiempo acá– el regreso a Reims es... Reims es una región de Francia; 20 años después de haber dejado Reims él regresa allá y se da cuenta con horror de que todo el medio en el cual él había vivido, en que la familia era comunista, está ahora votando para el Frente Nacional. Entonces él hace un estudio tratando de entender lo que ha pasado, y muestra que han sido abandonados por los partidos socialistas. Y entonces, dado que los únicos que realmente trataban de ocuparse de esas clases que sufrían, de los perdedores de la globalización, eran los partidos populistas de derecha, evidentemente esto explica que hayan mirado hacia ellos.

Por eso, me parece que hay que reconocer que la política democrática no puede ser una política de consenso, o sea, que no haya alternativa. Es necesario justamente – eso es una cosa que desarrollo mucho en mis libros– que la política democrática tenga que ser de naturaleza agonística, es decir, que los ciudadanos, cuando van a votar a las elecciones, deben tener la posibilidad de escoger entre alternativas que son alternativas reales, de proyectos distintos. Si no existe eso, si justamente centro-derecha y centro-izquierda no ofrecen alternativas, uno no puede realmente hablar de democracia.

¹³ Marine Le Pen es una parlamentaria francesa y actual presidenta del partido de extrema derecha Agrupación Nacional. Es hija de Jean-Marie Le Pen, fundador del Frente Nacional.

¹⁴ Didier Eribon (2017), Regreso a Reims. Editorial Libros del Zorzal.

Entonces por eso es que yo enfatizo que la política consensual de la “Tercera Vía” ha contribuido a la desafección política que está justamente en el centro de nuestra condición post-democrática. Porque cuando los ciudadanos no sienten que pueden tener una voz en las decisiones fundamentales que conciernen sus asuntos cotidianos, que las cuestiones políticas son tratadas por expertos –ya que son consideradas como de naturaleza técnica–, las instituciones democráticas pierden su esencia y su legitimidad, por eso se ven amenazadas.

De nuevo, acá es muy fácil entender cómo funciona eso y por qué hoy estamos viviendo en una situación en la cual la política, en cuanto posibilidad de escoger, ha desaparecido. Si uno imagina que no hay alternativa al orden existente, entonces quiere decir que las decisiones que uno puede llamar realmente políticas –una decisión política es una decisión donde realmente hay una posibilidad de escoger– desaparecen. Esto quiere decir que la cantidad se vuelve una cuestión técnica en la política. No hay decisiones importantes que se puedan hacer, y entonces, si los problemas políticos son simplemente problemas técnicos, en ese caso es mucho mejor que sean tratados por expertos.

La ciudadanía no debe tener nada que ver con eso. Me parece que hay una progresión lógica entre decir “no hay alternativa” –en ese caso, para qué se va a tener un debate democrático si no hay alternativa–, y decir “dejemos que los expertos decidan”. Por ejemplo, de nuevo Tony Blair decía: “no hay una política económica de izquierda y una de derecha, hay una política económica buena y otra mala”, por lo que, desde esa perspectiva, los ciudadanos no deben tener voz en eso. Me parece que [aquello] es una cuestión realmente muy negativa para la democracia, porque las elecciones se reducen a aprobar de forma rutinaria medidas impuestas por una diversidad de actores cuyos intereses no son sometidos a la rendición de cuentas, y, entonces, el proceso democrático pierde su razón de ser.

Es cierto que nuestras sociedades todavía se llaman democráticas, lo cual es el significado de la democracia en ese periodo post-político. Yo en otro libro, “La Paradoja Democrática”¹⁵, he tratado de examinar la naturaleza de la democracia liberal pluralista, y puse de relieve la tensión existente entre sus dos principios éticos. Cuando yo hablo de modelo liberal democrático, quiero insistir sobre que es liberal en el sentido político; no hablo del capitalismo democrático. Digo que es muy importante distinguir justamente entre liberalismo económico y liberalismo político, porque para mucha gente van necesariamente juntos. Desde esta perspectiva, si uno va a poner en cuestión el liberalismo económico, automáticamente hay que poner en cuestión las instituciones de la democracia liberal. Pero eso me parece un error muy grave.

La democracia liberal –y ese es el argumento que yo hago en “La Paradoja Democrática”–, es una articulación de dos tradiciones: la tradición liberal en el sentido político (el Estado de derecho, la división de los poderes, la defensa de los Derechos Humanos), que es una cosa muy positiva, y la tradición democrática, que está centrada sobre la idea de igualdad y de poder del pueblo: soberanía popular. Ese, en realidad, es un argumento que hace el filósofo político canadiense C. B.

¹⁵ Chantal Mouffe (2003), *La Paradoja Democrática*. Editorial Gedisa.

Macpherson en un magnífico pequeño libro que se llama “The Life and Times of Liberal Democracy”¹⁶, donde muestra cómo esa articulación se fue creando a través de las luchas conjuntas de los liberales y de los demócratas contra el absolutismo. Contrariamente a algunas tesis que uno encuentra en teóricos políticos, no hay una unidad necesaria entre esa tradición liberal y la tradición democrática. Es una unidad que se ha creado históricamente y que es de naturaleza contingente. [Lo anterior] tiene muchas consecuencias para el examen de nuestra situación post-democrática y volveré sobre eso en algún momento.

Entonces, como dice Macpherson, a través de ese proceso, el liberalismo se ha democratizado y la democracia se ha liberalizado. Pero siempre –y eso me parece que es importante reconocerlo– hubo una tensión entre las exigencias de libertad y las exigencias de igualdad, porque no hay manera de resolverla completamente: una perfecta libertad y una perfecta igualdad no pueden existir juntas. Siempre va a haber un elemento que es el dominante. En filosofía, esto [se] llama relación lexical; es decir, por ejemplo, en un momento, el principio de igualdad era el que dominaba, en otros era el momento de la libertad. Pero es eso justamente: la política democrática en los dos últimos siglos ha sido una lucha agonística entre esos dos principios. Y esa es una cosa que le daba el... esa lucha agonística era exactamente en lo que consistía la política democrática.

Lo que ha pasado, y eso me parece que realmente explica muchos de los problemas que vivimos hoy día, es que bajo la hegemonía del neoliberalismo la tradición liberal se ha vuelto tan dominante que todo lo que tiene que ver con la tradición democrática –es decir, igualdad y soberanía popular– ha sido eliminado. Es decir, en el discurso de la “izquierda entre comillas” –como dice la gente de Podemos– se dice “soberanía popular en tiempos de globalización es una idea obsoleta”, y la idea de igualdad también ha sido eliminada de muchos discursos de la izquierda. Por ejemplo, de nuevo para hablar del caso británico, en el discurso de Blair no se hablaba más de igualdad, sino que de “escogencia”: la izquierda iba a permitir a los individuos escoger su escuela, escoger su médico... pero la idea de que el objetivo de una política de izquierda fuera crear y fomentar progresos en cuanto a la igualdad ha sido completamente eliminada.

Por eso es que hoy día, bajo lo que llamo la situación post-democrática, la democracia se entiende simplemente en términos de Estado de derecho y elecciones. Todo lo que tiene que ver con la soberanía popular ha sido absolutamente eliminado como idea obsoleta. Por ello, todos aquellos que resisten el mandato de las élites y que insisten en la necesidad de volver a dar al pueblo la posibilidad de decidir están descartados como populistas. Esto me parece que explica la razón por la cual el término de populista está, en general, entendido de una manera tan negativa. Es porque, para los que defienden el statu quo, todos los que ponen en cuestión la idea de que no hay alternativa son descalificados en tanto que extremistas o populistas.

Creo que hay que luchar contra eso. Si uno quiere volver a darle vida a la democracia, hay que desarrollar la idea de que hay alternativas y de crear las condiciones para

¹⁶ C.B. Macpherson (2003), *La Democracia Liberal y su Época*. Alianza Editorial.

que los ciudadanos puedan, cuando van a las elecciones, tener la posibilidad de escoger entre proyectos distintos. En mi opinión, lo que ha pasado es que ese desplazamiento de la tradición democrática por la tradición liberal es, justamente, lo que está al centro de la condición post-democrática. Y eso, evidentemente, se manifiesta por el hecho de que las consignas principales en la política hablan de imparcialidad, equidad, inclusión; pero, todo lo que tiene que ver con la igualdad no es central en el discurso de los partidos socialistas y socialdemócratas.

Una explicación de eso tiene que ver con el colapso del comunismo y el hecho de que se ha identificado la lucha por la igualdad con el igualitarismo. Esto implica decir “eso es un modelo soviético, eso es un valor que no hay que defender, hay que abandonarlo”. Creo que esto hay que ponerlo en el contexto de lo que ha pasado con la caída del régimen soviético. De alguna manera hay algo irónico ahí, porque como uno sabe, el comunismo y la socialdemocracia eran enemigos; hermanos y enemigos, si uno quiere decir, pero siempre luchaban entre ellos. Uno podría pensar que la caída del comunismo soviético iba justamente a reforzar, a darle una vigencia nueva a la tradición socialdemócrata, pero eso no ha pasado. En realidad, la socialdemocracia ha caído al mismo tiempo, ha sido muy afectada por la caída del comunismo, porque la idea de igualdad ha sido identificada con el igualitarismo soviético, y eso me parece que también hay que tenerlo en cuenta cuando uno va a tratar de ver cuáles son las razones por las cuales la socialdemocracia se ha movido hacia el centro.

Como la idea central o el valor central de la socialdemocracia en tanto que proyecto de izquierda era lo relacionado con la igualdad y la democracia, el poder del pueblo, la columna vertebral de la visión de mundo de la socialdemocracia y de la izquierda ha sido puesta en cuestión, y eso los ha llevado a ser incapaces de concebir una alternativa a la globalización neoliberal. Como consecuencia de ese “consenso en el centro”, actualmente estamos viviendo –de nuevo, hablo del caso europeo, pero creo que también puede tener alguna repercusión para otros países– una crisis de representación, ya que se priva a los ciudadanos democráticos de un debate agonístico y estos no pueden hacer oír o expresar demandas alternativas. Sin abandonar esa política consensual de la “Tercera Vía”, no hay esperanza de escapar a la tendencia post-democrática que está en el origen de la progresiva irrelevancia de las instituciones democráticas.

Así, es necesario luchar contra el desdibujamiento de las líneas entre izquierda y derecha. Ese factor, a pesar de lo que pretenden los teóricos de la “Tercera Vía”, lejos de constituir un progreso que lleva a una sociedad reconciliada, en realidad está al origen de la desaparición de esa distinción entre derecha e izquierda. Es urgente, a mi modo de ver, revivificar el proceso democrático, y eso se realizará únicamente por los partidos de izquierda que lleven una lucha contra-hegemónica que vaya a contestar el intento neoliberal de destruir las instituciones centrales del Estado de Bienestar y privatizar la vida social en su conjunto, tratando de instalar las reglas del mercado.

En algunos países europeos esto está más avanzado que en otros. Por ejemplo, de nuevo para hablar de Francia, aquí había sucedido la revolución neoliberal, pero no se había completado de la misma manera que en Gran Bretaña. En realidad, lo que

está pasando hoy en Francia con el gobierno de Macron es que él está tratando de completar esa revolución neoliberal, porque el Estado de Bienestar y los servicios públicos en Francia tienen todavía más importancia que en otros países. Macron ahora quiere transformar muchos servicios públicos, quiere privatizar y eso hay que necesariamente resistirlo. Por ello, estoy muy a favor de movimientos como el de Jean-Luc Mélenchon, la France Insoumise¹⁷, porque están oponiéndose no solamente a la perspectiva de Macron, sino que también quieren ofrecer una alternativa al Estado de la “Tercera Vía” implementado por el neoliberalismo.

Bueno, hasta hace poco el rechazo de ese “consenso en el centro” principalmente se había desarrollado desde los partidos populistas de derecha y se había articulado en un lenguaje xenófobo. Afortunadamente, hemos empezado a ver un tipo diferente de contestación, –eso, digamos, empieza desde el año 2011– a través del desarrollo de distintos movimientos de protesta que, aunque ellos no se identifiquen necesariamente de esa manera, uno los puede entender como movimientos de izquierda.

Evidentemente, por ejemplo, los Indignados en España, pero también movimientos como Occupy Wall Street. Se puede ver en los últimos 10 años el momento en que hubo una contestación, a partir del lado progresista, hacia el neoliberalismo. Afortunadamente, con esas manifestaciones, hemos asistido a la aparición de otras formas de reacción mucho más loables contra el déficit democrático que caracteriza a nuestras sociedades post-democráticas.

Una de las tesis que estoy defendiendo en mi libro es que –yo sé que esto no es muy popular entre algunas personas– hay que ver que, detrás de los movimientos populistas de derecha, hay reivindicaciones democráticas. Democráticas en el sentido de que son reacciones contra la post-democracia. Son gente que dicen “nosotros queremos tener una voz, queremos poder participar”. Claramente, lo que pasa es que ese pedido de participar, de recuperar la democracia, puede ser articulado de manera distinta y ha sido articulado por la derecha de una manera que sostiene “queremos la democracia, pero la democracia únicamente limitada para los nacionales, los inmigrantes no”.

Esa es una cosa que no entiende en general la izquierda; ellos dicen, por ejemplo, en Francia, “la gente que vota por Marine Le Pen son necesaria e inherentemente racistas, homóbofos, sexistas, y uno no tiene que preocuparse de sus demandas”. Yo creo que eso es un error fundamental. Evidentemente, no estoy diciendo que ninguna de esas personas que vote por esos partidos sea racista, por supuesto que sí. Pero, por otra parte, hay que ver que no hubo un discurso alternativo progresista, hasta muy recientemente, para tratar de articular esas demandas de tener una voz, lo que explica que los partidos populistas de derecha hayan tenido esos éxitos.

Respecto de estos movimientos de protesta que se han desarrollado no sólo en Europa, sino en otros países, desde principios de los años 2010 y 2011, hay todo un

¹⁷ La France Insoumise es un partido político fundado el 2016 y que apoyó la candidatura presidencial del parlamentario socialista francés Jean-Luc Mélenchon. Página web: <https://lafranceinsoumise.fr/>

debate. Yo de alguna manera hice referencia a ese debate en la charla que di cuando estuve en Chile la vez pasada, pero quiero decir rápidamente algo sobre eso de nuevo, porque creo que tiene relevancia todavía para la manera de concebir la política progresista hoy. Hay dos tipos de interpretaciones de esos movimientos.

Muchos teóricos, particularmente los que están influenciados por el modelo del éxodo de Negri, ven en esas movilizaciones recientes una manifestación del poder de la “multitud”, un poder que construye nuevos modelos de relaciones sociales al margen de las instituciones tradicionales. Y estos autores celebran esos movimientos como la realización de lo común, presentando los campamentos – porque son los movimientos que ocupan las plazas– como una prefiguración de la llamada democracia absoluta.

Para ellos, estos movimientos son característicos de las nuevas formas de lucha de los trabajadores precarios, siendo un tipo de lucha que es típico del modelo post-fordista que se ha implementado en las últimas décadas. Por ejemplo, ellos interpretan las demandas de los Indignados españoles bajo la idea de una “democracia presentista”, la idea de “democracia real ya: no queremos tener nada que ver con las instituciones, con los partidos, con los sindicatos; simplemente queremos una democracia presentista, una democracia in actum”. Algunos dicen que ni siquiera se trata de democracia directa, porque eso es todavía demasiado representativo, sino que es una democracia in actum.

Esta es una corriente que tiene cierta influencia dentro de movimientos que insisten en que a partir de los movimientos sociales es posible construir una nueva sociedad, que no hay que meterse en el Estado. En “Agonística”¹⁸ tengo un capítulo donde yo discuto esa visión y, al contrario, argumento en favor de lo que llamo un involucramiento con las instituciones. No estoy en absoluto de acuerdo con la idea de que lo hay que poner en cuestión es la democracia representativa. Ellos llegan a decir que es un oxímoron la democracia representativa. Evidentemente, hay una crisis del estado actual de la democracia representativa y la razón de eso es que no hay suficiente debate agonístico, porque para que exista realmente la posibilidad de dar una voz a los ciudadanos a través de las instituciones representativas tienen que tener la posibilidad de escoger; si no la tienen, evidentemente no es democracia.

Pero lo que hay que hacer no es abandonar las instituciones representativas, sino instalar un debate agonista u ofrecer varias alternativas en serio a los ciudadanos. Por eso es que, yo creo, no es una estrategia de éxodo, de deserción de las instituciones la que uno tiene que seguir, sino una estrategia de compromiso con esas instituciones para transformarlas profundamente. Un proceso de radicalización de la democracia, y eso requiere un proyecto progresista capaz de ofrecer una alternativa al consenso social liberal dominante en los partidos de centro-izquierda.

Y es ahí donde yo llego a mi argumento sobre el populismo de izquierda. Justamente lo que argumento es esa nueva manera de imaginar una política, aunque, si bien yo sigo hablando de izquierda, reconozco que hay un debate alrededor de eso. Por

¹⁸ Chantal Mouffe (2014), Agonística. Fondo de Cultura Económica.

ejemplo, no sé si ha circulado acá el libro que yo he escrito con Íñigo Errejón de Podemos, que se llama “Construir pueblo”¹⁹. En realidad, la única divergencia que tenemos en ese libro es que Íñigo dice que él no quiere hablar de populismo de izquierda; él quiere hablar de populismo progresista o populismo democrático. La razón para él de eso es que –y de una cierta manera yo entiendo por qué se ha llevado esa posición– los Indignados en España no se reclamaban en absoluto como de izquierda, porque para ellos la izquierda era el PSOE y la socialdemocracia, y no querían tener nada que ver con eso. Entonces el argumento que hay entre la gente que defiende un populismo progresista es que la distinción entre izquierda y derecha ha perdido todo sentido, en la medida que cuando la gente piensa en izquierda piensa en la socialdemocracia que se ha vuelto social-liberal.

Yo entiendo ese argumento, pero creo que de todas maneras hay otro sentido de la izquierda, que es un sentido, podríamos decir axiológico: los valores de igualdad, de justicia social y esas son cosas que uno tiene que seguir defendiendo. No se puede simplemente abandonar eso. Si uno entiende la izquierda en términos de categorías sociológicas, ocurre una cosa que dice Podemos y que yo estoy muy de acuerdo: ellos decían: “nosotros no queremos dirigirnos únicamente a la gente que se considera como siendo de izquierda, nosotros queremos también convencer a la gente que tradicionalmente ha votado por el Partido Popular, porque pensamos que esa gente también está sufriendo de todas las políticas de privatización del Partido Popular y que pueden ser ganados para un proyecto emancipador o progresista. Si vamos a presentarnos como de izquierda, la gente no nos va a oír”.

Hay algo de verdad sobre eso. Por ejemplo, en el caso de Francia, es muy interesante de ver cómo hizo dos campañas Jean-Luc Mélenchon: la primera en 2012, donde se presentaba Le Front de Gauche, que simplemente trató de agrupar distintos grupos de izquierda. Le fue relativamente bien, pero en la campaña actual, la del año pasado donde se presentó como la France Insoumise, no estaba representando a la izquierda. Le fue mucho mejor porque realmente él está defendiendo la línea populista, la línea que quiere articular toda una serie de demandas distintas que no vienen necesariamente de sectores que se consideran como de izquierda.

Entonces, me parece que ahí hay algo muy importante: la necesidad de no entender la izquierda en términos, digamos, sociológicos, como categorías que tienen que ver con gente cuyo interés necesariamente sea de izquierda, pero que sí establezcan la división, la frontera política entre el pueblo y la oligarquía. Esa es la manera de construir una frontera política de tipo populista, pero también me parece que es importante poder distinguir entre distintos tipos de populismo. Hay un populismo de derecha que, uno puede decir, tiene como objetivo limitar o restringir la democracia, y otro populismo que quiere radicalizar la democracia. Ese populismo que radicaliza la democracia yo creo que se puede –y en mi punto de vista es importante– presentar como un populismo de izquierda, como un populismo que defiende valores de igualdad y de participación popular.

Terminando entonces sobre qué es lo que entiendo exactamente como populismo, me parece que está claro para ustedes que el argumento que estoy desarrollando es

¹⁹ Chantal Mouffe e Íñigo Errejón (2015), Construir Pueblo. Icaria Editorial

que estamos en una situación post-democrática, que esa falta de alternativa es algo contra lo que hay que luchar. Hay que volver a establecer una frontera política. La política –y eso es una cosa que desarrollo en todos mis trabajos– es el establecimiento de una frontera entre “nosotros” y “ellos”; es necesariamente partisana. Eso es lo que ha sido eliminado por la post-política. Si uno va a querer recuperar la democracia, hay que establecer una frontera, y esa frontera no se puede hacer a la manera, digamos, tradicional marxista entre la clase obrera y la burguesía, porque hay otras contradicciones en la sociedad que no son la contradicción capital-trabajo. Eso no quiere decir que hay que eliminarla. Hay que justamente articular esas demandas a otras demandas que son también demandas democráticas.

Entonces por eso me parece que la frontera hay que establecerla de manera populista. Y cuando hablo de populismo tal vez sea necesario acá decir algunas palabras para clarificar, porque yo creo que muchas veces cuando la gente critica el populismo no entiende exactamente la manera cómo Ernesto Laclau y yo nos referimos a eso. Cuando yo hablo de populismo, yo parto de una distinción que hace Ernesto en su libro “La razón populista”²⁰ en el cual él dice: “el populismo designa una estrategia de construcción del sujeto político”. Es decir –y eso me parece muy importante– no es una ideología, no es un régimen, es una manera de establecer la frontera política de forma distinta a establecerla justamente entre el proletariado y la burguesía. Es una manera de establecerla entre los de abajo y los de arriba, es decir, entre el pueblo y la oligarquía, y evidentemente no tiene un contenido específico. Es algo que es compatible con muchas formas institucionales posibles y de lo que se trata justamente es de crear un sujeto político. ¿Qué tipo de sujeto político se necesita crear si hoy en día uno quiere revitalizar la democracia?

Entonces hay que articular una serie de demandas, crear lo que en “Hegemonía...” llamamos una cadena de equivalencia entre demandas democráticas y crear un “nosotros” que sea esa articulación. En realidad, cuando uno habla de “estrategia populista” se trata de establecer la frontera política entre el pueblo y la oligarquía, pero hay dos problemas que se plantean respecto de eso. En primer lugar, quién va a constituir el “nosotros” del pueblo; eso puede ser constituido de distintas maneras. Puede ser construido a la manera, digamos, populista de derecha, que es por ejemplo lo que hace Marine Le-Pen cuando ella crea una oposición entre el pueblo francés – los buenos, es decir, los français de souche como se dice– y los inmigrantes. Ustedes ven que es muy importante cómo se crea el “nosotros” y también quién va a ser el “ellos”. Por ejemplo –quiero darles de nuevo el ejemplo francés–, Jean-Luc Mélenchon construye también un pueblo, un “nosotros”, pero lo construye de manera muy distinta porque incluye a los inmigrantes y para él los “otros” son las instituciones que defienden el neoliberalismo.

Entonces la composición del nosotros va a determinar el tipo de populismo, pero también hay otra cosa que es muy importante, que es el tipo de relación entre el “nosotros” y el “ellos”. Acá voy a insistir, ya que me parece central para ver la posibilidad de tener un populismo democrático, en que esa oposición, esa confrontación puede ser entendida bajo la forma de un antagonismo amigo-enemigo. Es decir, “a ellos vamos a eliminarlos”. Hay un buen ejemplo de lo que sería

²⁰ Ernesto Laclau (2005), *La Razón Populista*. Fondo de Cultura Económica.

ese populismo, digamos, antagónico y es la Revolución Francesa, porque la Revolución Francesa creó una frontera entre el pueblo y el antiguo régimen, pero acá se trataba de destruir el antiguo régimen. Evidentemente ese tipo de política antagónica bajo la forma amigo-enemigo no es compatible con el sistema democrático (ayer me hicieron una pregunta en Chile 21 un poco en ese sentido), y lo que es importante es imaginar un populismo que sea compatible con las instituciones pluralistas. Para eso justamente hay que empezar a imaginar un pueblo, una relación entre pueblo y oligarquía que sea de tipo agonista, en el cual el oponente no va a ser alguien que se va a tratar de destruir.

Me parece que es central ver que, contrariamente a lo que mucha gente dice, una política populista no pone necesariamente en cuestión el orden democrático. Al contrario, yo creo que –esa es la tesis que estoy defendiendo en el libro– hoy día si uno quiere recuperar la democracia, radicalizarla, la única manera es a través de desarrollar un populismo de izquierda, porque el populismo de izquierda no es algo que pone en cuestión la democracia. El populismo de izquierda es lo que va a permitir la radicalización de la democracia, pero para eso se necesita que el significante hegemónico, alrededor del cual uno va a articular esas demandas democráticas distintas y heterogéneas, sea el significante democrático.

Yo insisto que hoy día la lucha que hay que mantener y hablar en la izquierda es una lucha para radicalizar la democracia y articular toda una serie de demandas que ponen en cuestión el orden post-democrático. Yo creo que es por eso que uno puede ver en muchas de las luchas actuales, de alguna manera, un objetivo en común: quieren más democracia, y por eso es que es posible crear una cadena de equivalencia entre esas demandas. Eso es el proyecto del populismo de izquierda. Con respecto a la pregunta que me hacía al principio, el futuro de la democracia: ¿cómo es que uno va a recuperar la democracia? ¿Cómo es que uno va a luchar contra la visión post-política y post-democrática que existe hoy en las sociedades neoliberales? Bueno, mi respuesta es que un populismo de izquierda es la vía para recuperar y radicalizar la democracia. Gracias.

Preguntas

Presentadora: Agradecemos la cátedra de Chantal Mouffe. Ahora daremos paso a las preguntas. Sabemos que son muchas y el tiempo es escaso, por lo que nuestro equipo ha seleccionado las más interesantes y aquellas que sintetizan las inquietudes de la mayoría. Mauro Basaure las leerá a continuación.

M. Basaure: Si no logro leer bien, la persona que hizo la pregunta ojalá me pueda ayudar. La primera pregunta dice: “En su obra, sostiene que el único modo en que podríamos realizar el proyecto de una democracia radical y una contra-hegemonía sería a través de esta ruptura con el modelo consensual y asumiendo el modelo agonista. Dada la situación actual, donde los populismos de derecha son quienes están rompiendo con la democracia consensual, ¿cree que es viable que se dé algún tipo de movimiento contra-hegemónico y contra-globalizador desde la política de izquierda, sin violencia?”, y parece que la persona quiere acentuar ese momento de “sin violencia”, si entiendo bien.

C. Mouffe: Depende como uno encara la cuestión de la violencia: si va a ser una violencia defensiva o una violencia ofensiva. Evidentemente, el proyecto de populismo de izquierda –de nuevo me parece que es importante referirse a casos– de Jean-Luc Mélenchon con la France Insoumise, no es en absoluto un proyecto de transformación violenta, porque se quiere involucrar con las instituciones y llegar al poder a través de las elecciones.

Tal vez sería importante enfatizar que la especificidad del populismo de izquierda es que hay una especie de articulación entre elementos de carácter horizontal y elementos de carácter vertical, contrariamente al modelo del éxodo al cual hacía referencia, de los que dicen que únicamente a través de los movimientos sociales uno va a poder transformar la sociedad y que hay que dejar el Estado, que no hay que meterse con las instituciones, no hay que participar en las elecciones. El populismo de izquierda dice “no, hay que articular”. No se trata de decir que uno únicamente va a transformar la sociedad a través del parlamento, pero hay que establecer una sinergia entre los movimientos y la parte más representativa. Por eso es que un populismo de izquierda tiene algo de “partido de movimiento”, lo cual me parece fundamental, pero entonces el objetivo no es una revolución violenta.

Parto de la idea de que es posible transformar profundamente las relaciones de poder sin tener un momento de violencia física. Evidentemente, uno nunca va a saber cuál va a ser la reacción de los oponentes. Ustedes en Chile saben algo de eso, porque el programa de Allende era exactamente de transformar la sociedad a través del modelo democrático, pero eso no fue posible porque la reacción hizo un golpe de Estado. Yo sé que hay alguna gente que dice “la experiencia de Allende muestra que eso no funciona”, pero no creo que necesariamente uno tenga que sacar esa consecuencia. Va a depender mucho de las circunstancias de los países, pero siempre puede pasar. Por eso, una respuesta definitiva a esa cuestión no la puedo dar, yo creo que hay que tomar el riesgo.

Creo que hoy ya no se puede pensar un modelo de revolución violenta. Si uno quiere mantenerse dentro de las posibilidades democráticas, hay que imaginar una estrategia. Si hay algo que aprender de las experiencias desastrosas del comunismo real, esto es lo que he llamado una “estrategia hegemónica”. Por eso para mí la obra de Gramsci es tan importante, porque Gramsci nos muestra cómo uno puede a través de una lucha de tipo hegemónico –lo que llama la “guerra de posición”– imaginar cómo transformar la sociedad. Yo acá les quisiera dar un ejemplo de cómo uno puede, sin utilizar una forma violenta, transformar profundamente un orden hegemónico.

Para mí –eso es un argumento que estoy haciendo en el libro–, Margaret Thatcher logró transformar profundamente la sociedad británica y establecer otra hegemonía. Ella logró deconstruir, podríamos decir, la hegemonía socialdemócrata que existía anteriormente y crear otra sin poner en cuestión las instituciones democráticas. Hubo una transformación de relaciones de poder al interior de la sociedad inglesa de manera radical con Margaret Thatcher, pero eso no fue algo que implicó una revolución en el sentido tradicional.

Por otra parte, me parece muy interesante el caso de Jeremy Corbyn, porque si él lograra llevar a cabo su proyecto sería una transformación tan radical –es decir, crear otra forma hegemónica– como lo que pasó con Thatcher, pero en el sentido opuesto. Por supuesto, uno nunca puede saber lo que va a pasar, pero es poco probable que haya una reacción en Gran Bretaña del tipo que hubo en Chile en contra de Allende, porque hay ya toda una sedimentación de formas democráticas. Yo creo que hay que tratar de hacerlo, pero no se puede nunca garantizar que eso no va a implicar en algún momento una reacción de tipo violento.

M. Basaure: Hay precisamente una pregunta en torno al caso chileno de la Unidad Popular y creo que ya respondiste a ella con lo último que dijiste, así que la voy a dejar de lado. Estoy reuniendo otras preguntas acá. Tengo tres preguntas que están agrupadas, uno podría decir, que tienen relación en primer lugar con el rol de las pasiones en la articulación de un proyecto político agonista anti-neoliberal o contra-hegemónico. Esta persona señala que pareciese que el proyecto neoliberal hoy día tiene una capacidad de movilizar las pasiones, mucho mayor que la política de izquierda. Esto lo aúno con otra pregunta que tiene que ver con el rol de los medios de comunicación en las posibilidades de difundir proyectos alternativos. Una es más conceptual sobre el rol de las pasiones y otra más sociológica, diría, sobre la posibilidad que se tiene ahí de, a través de los medios de comunicación, movilizar esas pasiones o desarrollar en esa dirección un proyecto contra-hegemónico.

C. Mouffe: La cuestión de las pasiones es un tema del cual hablé ayer en Chile 21, pero puedo decir algo. Uno reconoce la importancia de crear porque ese “nosotros” que va a articular una serie de demandas –crear un pueblo, la voluntad colectiva– es una forma de identificación, eso tiene un fuerte elemento afectivo. Pero también explicaba ayer que a mí me parece que... es cierto que la derecha moviliza mucho más las pasiones que la izquierda, pero no creo que sea porque tiene alguna... no es una receta. Lo que pasa fundamentalmente –y ese es el argumento que yo hacía ayer– es que la izquierda no reconoce el papel de las pasiones.

La izquierda en general está dominada por una perspectiva completamente racionalista, que piensa que “nosotros, los de izquierda, únicamente utilizamos razonamientos. Eso de movilizar las pasiones es algo que hace la derecha, los fachistas”. Y entonces uno les deja el terreno a ellos completamente libre. La izquierda ha empezado a reconocer la importancia de eso: tanto Podemos como la France Insoumise lo han entendido perfectamente. La necesidad de crear esos modos de identificación, de movilizar, y entonces, por ejemplo, la campaña de Jean-Luc Mélenchon ha sido fantástica en ese sentido. Bueno, no logró pasar a la segunda vuelta, pero por poquito; tuvo 20%. En la campaña que era de tipo racionalista tuvo 11% y en esta subió a 20%, porque era una campaña que movilizaba mucho la cuestión de crear afectos comunes.

Básicamente ese para mí es el problema, el no reconocimiento por la izquierda de la importancia de movilizar, y eso tiene que ver con la crítica que nosotros con Ernesto hacíamos en “Hegemonía...”: el esencialismo, el no reconocer que las identidades no son algo que refleja una posición, por ejemplo, en las relaciones de producción, sino que es algo que se construye discursivamente. Y discursivamente no quiere decir únicamente por argumentos –eso es una cosa que la gente tiene mucha dificultad de

entender-, porque en el discurso hay un elemento afectivo. Las prácticas discursivas son prácticas discursivas-afectivas, eso es importante de reconocer, entonces por eso es que yo tengo esperanzas.

Otro ejemplo interesante: la victoria... bueno, uno no puede hablar de eso, pero el caso de Jeremy Corbyn... él no ganó, pero, por otra parte, al momento en el cual se llamó a las elecciones, el partido Tory tenía 20 puntos adelantados respecto del Labor y, finalmente, Theresa May quería reforzar su mayoría absoluta, estaba absolutamente segura de que iba a salir. Eso de alguna manera contesta en parte a la segunda pregunta también. No solamente el Labor ganó 36 diputados, Theresa May perdió su mayoría absoluta. Bueno, fue una especie de cataclismo.

¿Por qué se dio eso? Por la movilización del momento, fue increíble la movilización del momento. Ellos fueron a ver lo qué pasó con Bernie Sanders y algunos de los que participaron en la campaña de Sanders vinieron a participar también en la campaña de Jeremy Corbyn. También se inspiraron en los modelos de la France Insoumise, crearon una movilización de los jóvenes de manera increíble. Fue sensacional. Y se hizo sobre la base de la movilización de las pasiones. A pesar de que toda la prensa –aún la prensa llamada más bien “progresista” como The Guardian– estaba en contra de Jeremy Corbyn, ellos lo lograron.

Yo creo que hoy día las redes sociales son un arma de doble filo, pero eso permite ir en contra, promover un discurso alternativo y distinto. Es cierto que no solamente en América Latina, sino que también en Europa los periódicos principales están dominados por la derecha y están en manos de grandes firmas neoliberales, pero al lado de eso hay ahora una posibilidad de desarrollar un discurso alternativo. Entonces, no necesariamente el hecho de que esté todo dominado por una cierta visión de derecha lleva a que va a ganar esa visión. Por ejemplo, hace ya cierto tiempo –no recuerdo cuantos años exactamente–, hubo en Francia el referéndum sobre el Tratado de Maastricht. Toda la prensa y la televisión estaba en favor del “Yes”, del Sí, y sin embargo ganó el No.

Uno tiene un poco esa idea de que la prensa es todopoderosa, pero yo creo que uno tiene muchos ejemplos en los cuales no es el caso. En el caso de Jeremy Corbyn, fue muy interesante la campaña del e-mail. Se lanzó una cantidad de acusaciones contra Corbyn pensando que así iban a poder destruirlo, y en realidad, al contrario, después de eso hubo una enorme cantidad de gente que reaccionó afiliándose al Partido Laborista. Así que yo no creo que uno tiene que pensar que hay una relación necesaria, y hay que encontrar maneras de infiltrarse y actuar. La movilización de las pasiones es algo que se puede hacer en una cantidad de maneras distintas, así que yo no soy pesimista al respecto, pero lo que se está dando es el cambio de visión en la izquierda.

Fíjense también que lo mismo pasó en España. La manera en que Podemos logró desarrollarse, a pesar de que allá también toda la prensa estaba en contra, fue a través de los proyectos de “La Tuerka”, y de los distintos programas que logró desarrollar on-line Pablo Iglesias, por ejemplo. Así que hay miles de estrategias, hay que tener un poco de imaginación y no simplemente “no, no se puede hacer nada porque la prensa...”. Hay que imaginar, siempre hay maneras de intervenir, pero

para eso hay que tener una visión clara de que no es únicamente... no estoy diciendo que lo argumentos no son importantes, pero no es únicamente con argumentos que uno va a luchar por transformar el sentido común que ha sido impuesto por el neoliberalismo.

La lucha hegemónica se tiene que dar de múltiples maneras, por ejemplo, a través de un campo que a mí me interesa particularmente que es el campo de las prácticas artísticas. Yo creo que es un campo muy importante para ir transformando la conciencia. Por ejemplo, acá en Chile, me parece muy interesante el trabajo que hace Alfredo Jaar –él vive en Estados Unidos, pero es un artista chileno– porque es alguien que realmente a través de sus prácticas artísticas está llevando a cabo una lucha hegemónica para transformar el sentido común, y yo creo que es central para una estrategia de izquierda crear nuevas formas de identificación y esas formas de identificación se hacen por múltiples prácticas, artísticas entre ellas.

M. Basaure: Gracias Chantal. Tenemos aún dos preguntas. O sea, cuatro preguntas pero que voy a resumir en dos preguntas. La primera, un poco nos retrotrae a la conversación que tuvimos el domingo en la tarde. La pregunta refiere a si es posible efectivamente hoy día, bajo las condiciones que impone el neoliberalismo –yo tengo la impresión de que la persona está pensando en cómo el sentido común neoliberal o el sentido común “meritocrático” que ha desalojado el concepto de igualdad–, desde la perspectiva del sentido común de los trabajadores, desarrollar una izquierda en un terreno tan árido como un sentido común neoliberal en la ciudadanía. Y aquí eso lo uno con la pregunta que viene después (que también apareció esa tarde en la conversación), y que tiene que ver con la relevancia de los espacios más micro. Acá la persona pregunta por el rol que pueden jugar, por ejemplo, planificaciones participativas a nivel municipal, sobre la idea del buen vivir, entre otras. ¿Qué rol pueden jugar este tipo de instancias menos macro y más asociadas a lo local?

C. Mouffe: Estoy absolutamente de acuerdo sobre la importancia de lo que tú llamas micro, pero mi argumento es que hay que establecer una sinergia entre esas iniciativas y la lucha al interior del Estado para transformar el Estado. Para eso, como lo decía hace un momento, la lucha puramente electoral no es suficiente; hay que transformar el sentido común, y el sentido común también se va transformando a través de todas esas formas de actividad. Para ingresar de nuevo a la cuestión de las prácticas artísticas, hay toda una discusión entre los artistas de lo que llaman “Artistic Activism”, es decir, un activismo a través de las prácticas artísticas. Yo estoy absolutamente en favor de eso, me parece muy importante. Pero una parte de esos artistas, los que están justamente más influenciados por las ideas de arte, piensan que es únicamente a través de esas prácticas que uno va a transformar la sociedad, que no hay que meterse en partidos. Este me parece que es precisamente el eje fundamental, hay que articular.

Es también un poco lo que ha pasado con los límites de movimientos como los Indignados en España. Los Indignados sí fueron muy importantes para crear un terreno y, por ejemplo, Íñigo –en el libro que escribimos– reconoce que sin los indignados Podemos no hubiera podido existir. Pero, por otra parte, los Indignados como movimiento duró algunos meses y después, cuando hubo elecciones

nacionales, ganó el Partido Popular, la derecha, con mayoría absoluta. Ese fue el momento en el cual la gente de Podemos dijo: “acá no podemos dejar que toda esa efervescencia se pierda, hay que actuar para canalizar institucionalmente esas resistencias”, y a partir de ese momento fue que lograron realmente potencializar. Es evidente que hay gente de los Indignados que no aceptó nunca eso, que dice “Podemos se vendió”, pero yo creo que si no hubiera habido la iniciativa de Podemos, no se hubiera hecho esa canalización. Es un poco lo que pasó también con Occupy Wall Street: creó un terreno que, de alguna manera, yo veo, tiene que ver con la campaña tan exitosa de Bernie Sanders.

Acá me parece claro que la necesidad de, en algún momento, canalizar institucionalmente las luchas micro, las luchas más de base, es exactamente la especificidad del populismo de izquierda. Es decir, hay que articular lo horizontal con lo vertical. Y yo considero que el tipo de política que corresponde al populismo de izquierda es lo que llamo “reformismo radical”. Radical en el sentido de que se centra en las instituciones para transformarlas –eso es lo que Gramsci llama la “guerra de posición”– a través de la lucha.

Si uno piensa en la izquierda hoy día, ve que es el pluriformismo de los partidos socialdemócratas, que simplemente quieren manejar el orden –ya que “no hay alternativa”–. Al otro extremo, está la idea –no hay tanta gente que la defiende, pero todavía hay algunos– de que “se necesita una ruptura brutal, no hay posibilidad al interior de la democracia liberal de transformar las fuerzas. Hay que tener una ruptura insurreccional”. Desde esta perspectiva, todo lo que es luchar a través de los partidos, aun si es un partido como el de Mélenchon, no se acepta. Es una especie de tendencia un poco anarquista, pero esa tampoco me parece que es la vía. La vía es lo que yo entiendo por populismo de izquierda: meterse en las instituciones para transformarlas profundamente. Plantear otro tipo de hegemonía, pero dentro del marco de la democracia pluralista.

M. Basaure: Muchas gracias Chantal, nuevamente. La última pregunta tal vez va en una dimensión más conceptual. La persona pregunta: “¿cómo se reglamenta el conflicto político en la democracia antagonista?”, es decir, ¿cómo se establece efectivamente esa relación que tú concibes como de “adversarios” y no de enemigos? Y hay otra pregunta que va en una dirección similar: dice “me interesa saber qué cabida tiene aquí la dimensión axiológica”, y se cita un autor ahí, como si efectivamente esta propuesta tuya de conseguir una democracia agonial tuviese una dimensión ética o axiológica que no aparece en lo que dices –muy claramente, por lo menos–. Esta es una pregunta de orden tal vez más conceptual-teórico, pero me parece que se pueden unir.

C. Mouffe: A ver, me olvidé de la primera pregunta.

M. Basaure: La primera pregunta refiere a cómo reglamentar finalmente. Podrían ambas reunirse en la idea de si el marco regulatorio de esta forma de democracia agonial no es un marco ético.

C. Mouffe: No, pero la primera pregunta no era eso. Vuelve a...

M. Basaure: Dice: “¿qué reglamenta el conflicto político? ¿Qué pasa con la relación política que se plantea en relación al adversario?”

C. Mouffe: Lo que yo llamo reformismo radical es exactamente donde yo sitúo la lucha agonística, que es cuando los opositores se tratan como adversarios. En el caso del reformismo puro y simple, no existe la categoría de adversario; son competidores, que esa es la visión liberal tradicional de la política como término neutro. Hay lugares de poder y se trata de llegar al poder para ocupar el puesto, pero entonces se llega al poder y no hay transformaciones, es decir, es justamente la idea de que no hay alternativa. Entonces en el puro reformismo no hay, evidentemente, lucha agonista.

Al otro extremo, tampoco hay lucha agonista porque en ese caso el oponente está visto como un enemigo que hay que destruir. Si uno habla de una insurrección o de una revolución en la que hay que destruir el orden, como el capitalista o parlamentarista, eso sería un enemigo. La lucha agonística ocurre cuando hay una confrontación de proyectos hegemónicos que tiene lugar a través de procedimientos democráticos aceptados por los oponentes. Ahí se tiene la visión del adversario. Entonces, la lucha agonista es cuando los oponentes luchan para establecer otra hegemonía a través de procedimientos democráticos; no tratan al otro como enemigo, pero tampoco lo ven como solo un competidor. En ese sentido, depende de cómo uno encara la oposición.

Respecto de la segunda cuestión, la axiológica, hay varias maneras de examinar ese problema. Es todo un debate que tengo con los habermasianos, que se preguntan cómo concebir el elemento normativo de la política. Yo soy maquiaveliana, pero en el buen sentido, no como lo presentan Leo Strauss y otros. Maquiavelo distingue – aunque no lo formula exactamente así– valores ético-políticos que son distintos de la moralidad. Por eso mucha gente presenta a Maquiavelo como amoral, que concibe una política llevada únicamente como razón de Estado.

Yo creo que él –sobre todo en “Discourses on Livy”²¹– defiende los valores republicanos, pero no los defiende como valores ético-políticos, no los presenta como algo que tiene que ver con una verdad que sea revelada. La distinción clave, a mi modo de ver, es entre la moralidad en el sentido kantiano –“moralité”, algo que se impone necesariamente a todo el mundo independientemente de las circunstancias– y una visión ético-política. Yo creo que hay valores específicos en la política. Por ejemplo, una de las obsesiones que tuve en los primeros trabajos era criticar esa idea que el estado liberal era neutro.

Establecer un Estado para la coexistencia humana siempre se hace a partir de valores ético-políticos. En la democracia pluralista, esos son libertad e igualdad para todos. Hay valores, pero no participan de la “moralité”, sino que de una cierta manera de concebir cuál es la puesta de valores en la coexistencia humana. Esos valores ético-políticos son muy específicos del modelo occidental de democracia pluralista.

²¹ Nicolás Maquiavelo (2004), Discursos Sobre la Primera Década de Tito Livio. Editorial Losada.

Hay un sinólogo francés, François Jullien, que se ha dedicado mucho a mostrar los distintos valores que uno encuentra en la cultura China respecto a pensar lo político en comparación a la concepción occidental. Yo creo que hay distintas maneras de encarar ese elemento axiológico, que es contextual. Decir que el Estado es neutro no es cierto, el Estado liberal defiende cierto tipo de valores. Es en este sentido que esa dimensión axiológica tiene que ver justamente –aunque mucha gente no la prefiere– con la distinción entre moral y ética. Prefiero utilizar el término “ético” cuando me refiero a algo más contextual, y el término “moral” en el sentido de moralidad kantiana. Creo que los valores políticos son siempre valores específicos en un contexto determinado.

Es cierto que los valores de izquierda y derecha –eso es una discusión que tengo también con Íñigo– y la distinción misma no es algo universal. Hay muchas culturas que no hacen esa distinción, es cierto, pero nosotros estamos pensando en el contexto específico de la democracia occidental europea. Entonces uno puede criticar ciertas interpretaciones, pero, de todas maneras, hay que tomar en cuenta las significaciones que son importantes para la gente. Se las puede reinterpretar y resignificar, pero hay que partir de las significaciones que son centrales en un momento determinado para el sentido común.

Yo creo que a pesar de que se han desdibujado enormemente en la tradición occidental los valores de derecha/izquierda, todavía significan algo importante, no se pueden abandonar. Hay que resignificarlos para crear formas de identificación. Pero esto lo entiendo en un sentido de valores ético-políticos, no son valores morales como “la izquierda y la derecha en todas partes funciona igual”. Es, para utilizar una expresión de Wittgenstein, nuestra forma de vida que es específica de nuestro contexto, pero creo que es a partir de esa forma de vida que hay que tratar de pensar cómo radicalizarla y desarrollarla, siempre a partir de un contexto determinado.

Presentadora: Damos por finalizado el tiempo de las preguntas, ha sido un interesante intercambio de ideas. En agradecimiento a Chantal Mouffe, Ignacio Cáceres, director ejecutivo de COES, entregará el regalo a nuestra invitada. Invitamos a las autoridades representantes de cada una de las instituciones organizadoras de esta actividad: COES, TECSA UNAB, Chile 21, FES y Revista Trama; a subir al escenario a tomarse una fotografía junto a Chantal Mouffe.

M. Basaure: Le pido disculpas a las personas de las preguntas por si no logré traducirlos o los traicioné demasiado. Yo creo que funcionó.